

HACIA LA CIVILIZACION DEL AMOR

(HOMILÍA EN LA MISA DEL DÍA DE DIFUNTOS)

POR EL

Rvdo. P. MANUEL MARTÍNEZ CANO

Queridos hermanos y amigos de la Ciudad Católica. Acabamos de oír las palabras de Cristo Nuestro Señor al Buen Ladrón: «hoy estarás conmigo en el Paraíso»; y hoy, aunque el corazón nos dice que nuestros hermanos Domingo Obradors, Francisco Rato y Eugenio Vegas Latapie gozan de la presencia del Altísimo, ofrecemos por ellos el Santo Sacrificio del Altar. Por ellos y por tantos y tantos amigos de la Ciudad Católica que ya nos dejaron, y que desde el anonimato o desde sus puestos directivos, hicieron posible con su fidelidad, que hoy nos reunamos en la cumbre del Tibidabo para celebrar la XXIV Reunión de los amigos de la Ciudad Católica. Entre todos ellos quiero recordar muy especialmente a mi profesor de filosofía, P. Juan Roig Gironella, S. I.

Y aquí estamos un año más con *Speiro* y la *Società d'amici del profesor Michele Federico Sciacca* para sembrar ideas, porque sembrar ideas es recoger hombres. Y porque, como tantas veces lo hemos oído decir, son las ideas las que gobiernan el mundo; y nosotros queremos gobernar el mundo para que reine Cristo Nuestro Señor.

Es cierto lo que hemos oído decir: se puede resistir la invasión de los ejércitos, pero no la invasión de las ideas. Efectivamente, no hay suficientes cañones para detener una sola idea. Es verdad: las ideas gobiernan al mundo; pero gobiernan al mundo una vez convertidas en sentimiento, una vez encarnadas y vividas por un hombre concreto, dotado de entendimiento y voluntad y, sobre todo, dotado de un corazón grande y dilatado.

El sentimiento que debe mover a los amigos de la Ciudad Católica no es otro que el amor. Amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos. Hermanos: si queremos

que Cristo reine en el mundo es necesario que primero reine en nuestros corazones, abrasados en su amor.

Pero entendamos bien qué es amor. «Sacrificarse totalmente, eso es amor» (Santa Teresa del Niño Jesús). Aquí podemos preguntarnos todos y cada uno de nosotros hasta qué punto nos hemos sacrificado por la Ciudad Católica, por la Iglesia de Cristo. «Quizás no sabemos qué es amor, y no me espantaré mucho; porque no está en el mayor gusto, sino en la mayor determinación de desear contentar del todo a Dios y procurar, en cuanto pudiéramos, no ofenderle y rogarle que vaya siempre adelante la honra y la gloria de su Hijo y el aumento de la Iglesia Católica» (Santa Teresa de Jesús).

Hagamos, pues, un pequeño examen de conciencia. Escuchemos a San Pablo y apliquémonos sus palabras: «el amor es comprensivo —y tú ¿eres comprensivo?—, el amor es servicial y no tiene envidia; el amor no presume ni se engríe; no es mal educado, ni egoísta; no se irrita, no lleva cuenta del mal; no se alegra de la injusticia, sino que se goza en la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, aguanta sin límites».

Tenía razón Luis María Sandoval cuando nos decía ayer que debemos encontrar tiempo para la reunión semanal de estudio. Sí; tiene razón, porque es absolutamente necesario que profundicemos cada día más en el conocimiento del Magisterio auténtico de la Iglesia. Así lo hacen nuestros jóvenes en su reunión semanal de tres horas. Sí; hemos de estudiar. Ahora bien, en nuestras reuniones nunca faltan la visita al Amor de los amores, el rezo del Santo Rosario a la Virgen Santísima y la exposición devota de la vida de un santo. Indiscutiblemente: hemos de buscar tiempo para estar «largos ratos a solas con Aquel que sabemos que nos ama» (Santa Teresa de Jesús).

También tenía razón Miguel Ayuso en su intervención de ayer tarde: no todos valen para todo; no todos hemos recibido de Dios los mismos carismas. Todos y cada uno de los mortales tienen una vocación específica. Pero también sabe Miguel Ayuso que la llamada de Dios a la santidad es universal. Es para todos. La santidad: el amor a Dios por encima de todas las cosas. He aquí la vocación específica de todos y cada uno de los cristianos. «Sed santos como yo soy santo», nos dice la Sagrada Escritura. Y Nuestro Señor nos exhorta a que seamos «perfectos como mi Padre Celestial es perfecto». Sí, porque los demás carismas o dones están ordenados hacia la santidad que se alcanza con la práctica de la caridad cristiana. San Pablo nos lo recuerda: «Si hablando lenguas de hombres y ángeles no tengo caridad, soy como

bronce que suena o címbalo que retiñe. Y si teniendo el don de profecía y conocimiento de todos los misterios y toda la ciencia, y tanta fe que trasladase los montes, si no tengo caridad, no soy nada. Y si repartiera toda mi hacienda y entregase mi cuerpo al fuego, no teniendo caridad, nada me aprovecha». Un llamamiento al Amor; ese es el banderín de enganche al que nos llama Nuestro Señor.

Convenzámonos hermanos: «no está el aprovechamiento del alma (y de los pueblos) en pensar mucho, sino en amar mucho» (Santa Teresa de Jesús). Por esta verdad estoy convencido de que el mundo en que vivimos, nuestra sociedad contemporánea, no será de los ideólogos, ni de los tecnócratas, ni de los «políticos». «El mundo será de quien lo ame más y se lo demuestre mejor» (San Juan Vianney). Pero entendamos bien el amor, porque el amor no sabe estarse ocioso: «así que, donde prende, obra grandes cosas, y si se niega a obrar es señal de que no existe» (San Gregorio). Porque quien ama de verdad «no se contenta con amor sólo sino junto amor, obras» (Santa Teresa de Jesús). Y convenzámonos de una vez por todas: si queremos que Cristo reine en la sociedad no podemos seguir ni un momento más cruzados de brazos quejándonos estérilmente de los males que nos desbordan. Es absolutamente necesario que hagamos obras y más obras impregnadas de amor a Dios, «si uno tiene de qué vivir y viendo a sus hermanos en necesidad le cierra las entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios?» (San Pablo).

Nuestros contemporáneos están hartos de palabras, discursos y programas políticos y, a la vez, están sedientos de cariño y amor. Seamos, pues, en el corazón de este mundo materialista, el amor de Dios. Sí, seamos nosotros los mensajeros del amor de Dios, porque como decía el gran convertido Chesterton, «el mundo está lleno de ideas sanas que se han vuelto locas». Y a los locos o se les ama, o se les margina. A los locos no se les puede hacer pensar ni razonar. No perdamos, pues, el tiempo discutiendo o enseñando esta o aquella otra verdad; hablad abiertamente y con valentía a todos los hombres de la única Verdad, de esa Verdad que es Dios, de ese Dios que es Amor. «Dios es amor, y el que permanece en el amor, en Dios permanece, y Dios en él» (San Juan). ¡Ah!, ¡cuándo llegará aquel venturoso día que puedan decir de nosotros, «mirad cómo se aman»!

«Ser amados de Dios, estar unidos a Dios, vivir en la presencia de Dios: ¡oh!, qué bella vida y qué bella muerte» (San Juan M.^a Vianney). De esto se trata, hermanos, de establecer en el mundo ese nuevo sistema de vida que quiere instaurar el

Papa: la civilización del amor. Y es que no hay otra salida: o reina Cristo Nuestro Señor con su infinito amor o reina el príncipe de este mundo, Satanás, con su odio infernal.

Amigos de la Ciudad Católica: no os dejéis arrastrar por la mediocridad reinante. Como fieles hijos de la Iglesia debéis aspirar a la santidad. Trabajad incesantemente por el Reinado Social de Nuestro Señor Jesucristo. Como intelectuales católicos que sois, no os limitéis a contemplar las ideas en ese mundo platónico fantástico; muy al contrario, como Menéndez Pelayo, amad tiernamente a Nuestro Señor. Saboread estos versos suyos:

¿Qué quieres mi Jesús? Quiero quererte.
Quiero cuanto hay en mí del todo arte.
Sin tener más placer que el de agradarte,
sin tener más temor que el ofenderte.
Quiero olvidarlo todo y conocerte.
Quiero ignorarlo todo por saberte.
Quiero, amable Jesús, quiero abismarme
en ese dulce abismo de tu herida
y en tus divinas llagas abrasarme,
morir a mí para vivir tu vida.
perderme en Ti Jesús y no encontrarme.

Amigos de la Ciudad Católica, como piadosamente creemos, nuestros hermanos Domingo, Faustino y Eugenio, gozan ya del infinito amor de Dios. También nosotros «al atardecer de la vida seremos juzgados sobre el amor». Mientras esperamos ese día, pidamos a la Madre del Amor Hermoso que «aprendamos de una vez a amarnos en este mundo, como luego nos amaremos en el cielo» (San Francisco de Sales). Pedírselo con fervor y ternura. Estoy convencido de que muchas cosas no las conseguimos porque no se las pedimos a la Virgen Santísima. Si, pedírselo con todas vuestras fuerzas, porque no es absolutamente necesario para que reine Cristo que la Virgen nos alcance «el más bello regalo que nos puede hacer Dios en la Tierra; un amor dulce y delicado al prójimo» (Beato Luis Guanella).

Queridos hermanos: no sé si me he explicado con claridad, os he querido decir que un sólo acto de amor a Dios vale más que todas las ideas, más que toda la creación. Un acto de amor a Dios es más útil a la Iglesia que todas las demás obras juntas. Amemos, amemos a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas.